



Albergue de la Vicaría de la Esperanza Joven: uno de los más ocupados en el centro de Santiago.

Pandemia: Una Iglesia en modo solidaridad

Pese a la relativa mejoría en los indicadores sobre el coronavirus, es evidente que la emergencia continúa. Así, en diversos planos miembros de la Iglesia mantienen abiertos espacios para encarnar la misión de servir al prójimo.

PAZ ESCÁRATE, JUAN RAULD | Revista Mensaje

■ Cuando los contagiados por COVID-19 en Chile desde marzo sobrepasan los cuatrocientos cincuenta mil, suman también varios miles los pacientes que han debido ser tratados en unidades de urgencia hospitalaria. Y aunque los casos más dramáticos corresponden a quienes fueron conectados a respiradores, otros incontables pacientes han vivido experiencias fuertes de soledad, privados, como están, los pacientes de cualquier contacto cercano con sus familiares o sus cercanos. Así, muchos necesitan de apoyo anímico, afecto y compañía, más allá de los cuidados médicos.

Si bien es cierto que tanto la cantidad de contagiados como la misma *tasa de contagio* han ido disminuyendo en las últimas semanas, la posibilidad bastante probable de un aumento de los

casos —un «rebrote», como se ha registrado en Europa— obliga a pensar que las situaciones críticas en lo sanitario seguirán durante todavía un buen tiempo.

Un contexto similar se da en cuanto a los retos en lo social. Mientras aumenta el miedo de muchos a (re)caer en la pobreza, los desempleados son más de dos millones, a pesar de las ollas comunes en muchos lugares amenaza el hambre y las perspectivas de recuperación de la actividad laboral son inciertas. De hecho, según una reciente encuesta del Instituto Nacional de Estadísticas el 53% de las empresas que se acogieron a la Ley de Protección del Empleo con cargo al seguro de cesantía cree que despedirá a sus trabajadores en los próximos tres meses.

En ese escenario, ¿dónde ha estado la Iglesia? Su llamado al

servicio ha sido compartido en estos meses tanto por religiosos como por laicos, desafiándose a sostenerse y no decaer. Sin embargo, eso depende de muchos, pues en estos tiempos de necesidad la invitación a aportar permanece abierta, como se puede verificar en las líneas que siguen.

TESTIMONIO DE UN CAPELLÁN

Existen aproximadamente treinta capellanes COVID en la Arquidiócesis de Santiago, todos ellos capacitados en los protocolos de salud impartidos por UC Christus en marzo. El encargado de coordinar la Pastoral Sanitaria del Arzobispado de Santiago durante la pandemia, el padre Andrés Moro, estima que han sido más de trescientas las unciones a pacientes de esa enfermedad realizadas en este tiempo. Eso, sin contar a los párrocos que al principio la entregaban en sus territorios, pero que poco a poco fueron delegando en los capellanes COVID que tienen los conocimientos requeridos para ponerse y sacarse las pecheras, guantes y otros elementos de protección. Muchos de los requerimientos se han canalizado a través del «Fono escucha» del Arzobispado de Santiago (Tel: +569 20714878 / Mail: caf@iglesiadesantiago.cl) y también mediante llamados del personal de salud que trabaja en clínicas, casas de reposo y hospitales públicos, que ha hecho puente entre pacientes y capellanes.

Para Andrés Moro, este servicio ha sido una oportunidad, ya que ha abierto la puerta para acercar a católicos que estaban alejados y que ante una situación de dolor han acudido a la Iglesia para que los acompañe.

Dialogamos sobre esta experiencia con el sacerdote Patricio Burich (31) que sirve pastoralmente en la parroquia Cristo Resucitado, Maipú, y en la Universidad Católica desde su ordenación, hace un año y tres meses.

—Voy los miércoles en la mañana al Hospital UC de calle Marcoleta. Llego a la sacristía, me pongo un delantal de la institución y una mascarilla especial. Luego, antes de entrar a la pieza del enfermo, me pongo una pechera, guantes y un escudo facial. Cuando entro en una sala, siento un deseo muy grande de contagiar esperanza, consuelo y paz. Mi mensaje consiste en mostrar que Dios está. Mostrarle al enfermo que no está solo o sola, sino que Dios lo acompaña siempre, sobre todo, en esos momentos.

—¿Cuál es la respuesta que encuentra en los enfermos?

Hay personas que están inconscientes y ahí uno confía en la gracia del sacramento. Los que están conscientes agradecen muchísimo porque se sienten escuchados y acompañados... y en algunos casos puedo apreciar que quedan con mucha paz... El rito de unción a los enfermos —que para estos casos se acortó a lo esencial, para reducir riesgos de contagio— es breve cuando el enfermo está inconsciente, pero es más largo cuando está consciente, sobre todo, cuando pide confesarse.

No sabría decir a cuántas personas he acompañado en el morir y cuántas se han recuperado. En los primeros meses todo era muy intenso. Llegaba al hospital y visitaba un enfermo tras otro.



¿Dónde ha estado la Iglesia? Su llamado al servicio ha sido compartido en estos meses tanto por religiosos como por laicos, desafiándose a sostenerse y no decaer.

Podía acompañar a una persona y luego a la semana siguiente ya no la veía ni sabía si se había recuperado.

—¿Qué ha reflexionado sobre el sentido de la muerte?

Es lo más trágico. Produce angustia, porque es algo que nadie quiere vivir. Y está normal que sea así, porque no fuimos creados para la muerte, sino para la vida, y vida en abundancia. La muerte nos hace valorar la vida, la familia, los amigos, lo que tenemos... y también nos hace preguntarnos por la fe: ¿Qué pasa después de cerrar los ojos a este

mundo? ¿Qué viene luego? Ahí es donde nos invade el consuelo, la alegría y la esperanza que viene de las palabras de Jesús.

—A su juicio, ¿qué es lo que Dios dice en su vida a través de esta capellanía?

Nos dice que al ministerio hay que sacarle el jugo. Que no hay que cansarse nunca de servir, acompañar y visitar, sobre todo, a los que más sufren. Invita también a ser instrumento de esperanza y consuelo para personas que podrían morir. A llevarles la paz y la esperanza en la resurrección, que nos regala Jesús.



Comedor y ropero Santa Ana: oferta de un plato de comida a quienes lo necesitaran.



Migrantes haitianos se encuentran entre los grupos más afectados por la crisis.



Nuestra Señora de Pompeya: habitual refugio y albergue para migrantes.

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

En tanto, en materia de desafíos en lo social, la actividad de la Iglesia se mantiene vigente. La historia de los últimos meses indica que, a medida que la epidemia de coronavirus se iba a expandiendo desde marzo, también lo hacían las acciones de bien social. Se trataba de iniciativas impulsadas desde vicarías o parroquias, también por laicos y por personas que, no teniendo cercanía alguna con la Iglesia, se plegaban a las tareas.

El sacerdote Pablo Palma es uno de los testigos de esos procesos. Como párroco de Jesús Servidor, de Lo Hermida, observó la «corriente de fraternidad» proveniente de vecinos de los sectores más acomodados de Peñalolén que llegaron espontáneamente a ofrecer apoyo. En los momentos en que la crisis sanitaria y social más arreciaba, participaron de modo muy proactivo en campañas de alimentos, abarrotes y de necesidades básicas. «Ellos, los vecinos, fueron nuestra Primera Línea en lo social en los momentos más crudos», relata. «Acá se unieron mundos que permanecían aparentemente distantes. Tuvimos apoyo de médicos, se sostuvo el centro de Salud «Casa de la alegría», también canastas de donaciones, ollas comunes y distintas actividades de sostenimientos de negocios locales».

Un ejemplo parecido describe el vicario de la zona norte, Ignacio Gramsch, al relatar la actividad que les ha correspondido impulsar o coordinar a los párrocos del área. «Se ha observado un compromiso muy marcado, constante, con las necesidades más básicas de quienes se han quedado sin trabajo; se ve en este aspecto la presencia concreta de la Iglesia y de personas conscientes de los requerimientos de los más necesitados». El párroco Jorge Osorio, de Colina, cuenta cómo se —al menos— triplicó la asistencia de personas a los comedores abiertos, mientras se mantenía la entrega de canastas o almuerzos en la parroquia. «Hay que decir que el 80% de lo que pudimos entregar correspondía a aportes de nuestros feligreses», apunta.

Por su parte, Luis Berríos, secretario ejecutivo de la Vicaría de la Pastoral Social, indica que buena parte de la actividad se ha sustentado con el apoyo de parroquias y colegios. Estos detectan necesidades y en base a eso formulan solicitudes. Con eso parte el flujo de apoyo, que sustenta comedores abiertos vinculados institucionalmente a capillas e iglesias, la distribución de cajas de alimentos y la gestión de ollas comunes que realizan distintas organizaciones de la sociedad. Estas últimas suman muchas decenas hoy, a siete meses de iniciada la crisis sanitaria con sus graves consecuencias sociales. Según la Vicaría de la Pastoral Social, solo en Santiago sumarían 164. En ese contexto, la posibilidad de ayudar a familias en situaciones de vulnerabilidad en Santiago está hoy en la campaña Contigo Hermano (www.contigohermano.cl).

En tanto, en «Nadie se salva solo» (www.iglesia.cl/nadieestasolo/solidaridad) se ofrece información detallada de distintas campañas en las regiones del país. MSJ